

La duración de la vida

Cuando Dios Nuestro Señor, después de crear el mundo, se disponía a asignar a cada una de sus criaturas el tiempo de duración de su vida, acercósele el asno y le dijo:

- Señor, ¿cuántos años viviré?

- Treinta - respondióle el Creador -. ¿Te parece bien?

- ¡Ah, Señor! - respondió el asno -, son muchos años.

Considerad mi penoso destino: desde la mañana hasta la noche transportando pesadas cargas, llevando sacos de grano al molino para que otros coman pan, mientras a mí se me azuza y reanima a latigazos y puntapiés. ¡Acortadme un poco la vida! Compadecióse Nuestro Señor y le redujo la cifra a doce años. El asno se retiró consolado, y presentóse el perro.

- ¿Cuánto tiempo quieres vivir? - preguntóle el Creador -. Al asno parecióle demasiados treinta años, pero a ti te parecerán bastantes.

- Señor - contestó el perro -. ¿Lo queréis así? Pensad en lo que deberé correr; mis pies no resistirán tanto tiempo; y una vez haya perdido la voz para ladrar y los dientes para morder, ¿qué otro recurso me quedará sino el ir de un rincón a otro y pasarme el tiempo gruñendo?

Nuestro Señor comprendió que tenía razón, y le restó doce años.

A continuación llegó el mono.

- A ti seguramente te satisfarán treinta años, ¿verdad? - díjole el Señor -. Tú no necesitas trabajar como el asno y el perro, y siempre estás de buen humor.

- ¡Ay, Señor! - exclamó el mono -. Lo parece, pero la realidad es muy distinta. Cuando llueven papas de mijo, yo no tengo cuchara. Estoy condenado a gastar bromas y a hacer muecas para que la gente ría, y cuando me dan una manzana y la muerdo, resulta que está verde. ¡Cuán a menudo se oculta la tristeza tras el regocijo! No resistiré treinta años.

Dios, piadoso, le asignó sólo diez.

Finalmente, se presentó el hombre, contento, sano, fresco, y pidió a Dios que fijase su tiempo de vida.

- Vivirás treinta años - díjole el Señor -, ¿Tienes bastante?

- Muy poco es - observó el hombre -. Cuando haya construido mi casa y el fuego arda en mi hogar propio; cuando haya plantado árboles y empiecen a florecer y dar fruto; cuando empiece a gozar de la vida, entonces

habré de morir. ¡Oh, Señor, concédeme más tiempo!

- Te añadiré los dieciocho años del asno - dijo Dios.

- No basta - contestó el hombre.

- Pues tendrás también los doce del perro.

- Todavía es poco - insistió el hombre.

- Mira, te concedo aún los doce del mono, pero no más.

Y el hombre se marchó, aunque no satisfecho.

He aquí por qué le vida del hombre dura setenta años.

Los treinta primeros son los suyos propios, y pasan rápidamente; está sano, alegre, trabaja con ardor y disfruta de la vida. Siguen luego los dieciocho del asno, en que debe llevar una carga sobre otra: tiene que transportar lo que se comerá otro y recibir golpes y puntapiés en premio de sus leales servicios. Llegan después los doce años del perro: ahí lo tenéis por los rincones, gruñendo y sin dientes para mascar. Y cuando este período termina, cierran su vida los diez años del mono: se le ablandan los cascos, se vuelve extravagante, hace toda clase de tonterías y es el hazmerreír de los chiquillos.

* * *